

perior está un poco arqueada hácia el remate, cubierta de plumas hasta una tercera parte de su longitud, donde se hallan las narices, y de donde parte un surco que se prolonga hasta su extremo. La cabeza en la parte superior del cuello y en la garganta, es de un color pardo oscuro tirando á negro; una banda amarillenta ó mejor de un anaranjado claro, pasa por detrás de los oídos, por debajo de los ojos y se extiende por ambos lados del cuello. La espalda es de un color gris pizarroso y toda la parte superior del cuerpo blanquiza.

Cuando este animal quiere salir del agua, lo que solo verifica cuando quiere poner sus huevos, se ve obligado á arrastrarse sobre el vientre ayudándose con las aletas, sosteniéndose de pié en una posición enteramente vertical, porque sus piernas están ocultas bajo la piel hasta el talón, y sus piés salen directamente del cuerpo de cada lado de la rabadilla. No obstante, cuando quiere ir un poco lejos para recoger las yerbas secas de que se compone su nido, le es preciso tomar aquella postura que para esta ave es sumamente fatigosa ó incomoda. Entonces extiende sus largas aletas de ambos lados como un balaucin, y adelanta pasito á paso, no sin vacilar á cada momento como una criaturita que no sabe todavía andar. Cuando le sorprenden los cazadores en este momento, y se halla un poco apartado del agua, le es imposible poder escapar con la fuga, y es sumamente fácil darle muerte con un palo ó mejor cogerle vivo. En este último caso, es preciso acercarse á esta ave tomando ciertas precauciones, porque no se deja coger de buenas á primeras, sino que se resiste y defiende con valor, y su temible pico raras veces deja de arrancar el trozo de vestido ó carne de que se ha apoderado. Pero esta lucha dura muy poco tiempo, porque al momento que da en falso un picotazo, pierde el equilibrio, cae sobre el vientre, y antes que pueda volver á levantarse, queda tiempo de sobras para sujetarlo del modo que mas le place al cazador.

Algunas veces, cuando ha caído, en vez de procurar volverse á poner de pié, echa á correr á cuatro patas dándose impulso con los piés y apoyándose y sosteniéndose con las aletas. Entonces, si se ve perseguido de muy cerca, se vuelve bruscamente y pisotea las piernas del que le hostiga.

Esta desgraciada dificultad de arrastrarse por el suelo, hace que este animal huya de las playas habitadas por los

hombres, y no se entregue con seguridad á sus hábitos naturales sino en los lugares absolutamente desiertos donde no pueda ser jamás molestado. Entonces se atreve mas frecuentemente á penetrar en la playa, pero siempre en bandadas cuyo número llega á veces á treinta y cuarenta. Es un espectáculo muy curioso, dice Bougainville, ver aquellos pequeños batallones que á cierta distancia parecen compuestos de niños que juegan escondiendo los brazos, codeándose ó inclinando la cabeza de un lado y otro con un movimiento tan singular como monótono. Y no obstante, añade el ilustrado viajero, cuando estas aves alargan el cuello para dejar oír una voz análoga al rebuzno de un asno, no deja de tener cierta gracia el aspecto que ofrecen.

Apenas los manecs temen algun peligro, se apresuran á entrar en el agua, y luego que les llega á cubrir el cuerpo, nadan con una velocidad tan grande, que ningun pez podría darles alcance. Si en su rápida carrera les sale al paso algun obstáculo, se lanzan fuera del agua hasta cuatro ó cinco piés de altura si es necesario salvar aquel obstáculo y continúan huyendo con la misma rapidez, no sacando, por decirlo así, mas que el extremo del pico fuera del agua para poder respirar.

Se sumergen en el agua tan bien como nadan, permanecen debajo del mar por mucho tiempo, y penetran hasta á una gran profundidad para dar caza á los pececillos y moluscos de que se alimentan. Cerca de las playas merodean entre juncos y algas marinas, donde persiguen á los gusanos ó insectos acuáticos. Anidan en los islotes ó pequeñas islas desiertas muy cerca de la playa, y la hembra ordinariamente no pone mas que dos ó tres huevos que empolla por espacio de doce á catorce dias, y cuida y alimenta con mucho cuidado y cariño á sus hijuelos. Se cree que no les deja sino muy pocos dias en el nido despues de nacidos, y que luego los lleva al mar y mucho antes de que puedan nadar. Ignoramos el grado de verdad de esta creencia; pero la misma dificultad que experimentan tanto la hembra como el macho para andar, induce á sospechar que no le es dado hacer á la hembra lo que se pretende.

Como quiera, la carne de los manecos es negra y exhala un fuerte olor de almizcle, lo que no impide comerla á los habitantes de las comarcas donde habita. Interrogados acerca de su sabor, dicen que es muy buena y hasta agradable á su paladar.

El Ramayana.

POEMA SANSKRITO DE VALMIKI.

II.

Apareció hácia aquella misma época un gran santo, llamado Hali, que, dotado de sublime energía, habia hecho un voto de castidad cuyo cumplimiento era verdaderamente difícil.

Una Gandharvi (1) hija de Orunayu, llamada Saumada, habia hecho tambien el mismo voto y velaba atentamente en derredor del brahmachari, mientras se consumia este en los rigores de la penitencia. Aquella jóven anhelaba un hijo, Rama, y su deseo le habia hecho seguir las huellas de aquel gran santo, absorto en la contemplacion y someterse á su voluntad enteramente. Despues de haber trascurrido

mucho tiempo, el anacoreta satisfecho la dijo: «Tu virtud me admira; dime, santa, ¿qué quieres que haga por tí?» Así que la Gandharvi oyó al anacoreta espresarse de aquel modo, juntó las manos y le dió á conocer en pocas y tier-nas palabras cuál era el *mas ferviente* de todos sus votos: «Lo que deseo de tí es un hijo que reúna la celeste hermosura de Brahma, como tú, á quien veo brillar con esa eminente aureola de que te circundó el mismo Brahma. Tú eres el esposo que libremente escojo, yo, que no he sido unida aun por el lazo del matrimonio.

«Dígnate, pues, acceder á la union que te pido, religioso inquebrantable en tus votos, ya que nada pedía antes de

(1) Los Gandharvas son los músicos del cielo; en femenino Gandharvi.